

# El consenso que necesitamos

Ciertamente hay consensos en el país. En los más diversos ambientes existen acuerdos sobre cómo no se debe seguir haciendo política, sobre los cambios serios que necesita el Estado. Hay acuerdos sobre la necesidad de un empresariado menos rentista, más trabajador, más eficiente y más nacional. Consensos sobre el sistema educativo, la deuda pública, la ineficacia de los servicios públicos, la productividad de los trabajadores, los escandalosos contrastes en los ingresos de las mayorías y de la minoría privilegiada. Hay consensos en los diagnósticos y en los temores: el desastre de México, la bancarrota de Argentina, la corrupción financiera de Colombia...

También hay consenso en que no podemos esperar mucho de la campaña electoral que pese a todas las prohibiciones del CSE empezó absurdamente con un año de anticipación al ya demasiado largo período de campaña autorizada. La gente no niega las indiscutibles cualidades de cada candidato, ni los valores de los partidos que los respaldan que ni son mejores ni peores que el conjunto del país. Pero nadie espera soluciones de ellos aunque las desea.

En enero vamos a celebrar los 25 años de la huída del dictador. Y bien que mal nos hemos convertido en la menos mala de las democracias de América Latina y en cierto modo en la economía capitalista más próspera de nuestro continente. Sin embargo todo está en peligro si no se introduce un estilo rasgado y decidido de llamar a los problemas por su nombre y llegar a un ACUERDO NACIONAL sobre el precio que debemos pagar para corregir el rumbo del país. Es decir necesitamos un consenso, no sobre diagnósticos, enfermedades, necesidades y peligros. Eso ya existe. Necesitamos consenso sobre el precio que vamos a pagar para corregir el rumbo del país y salvarlo.

Mientras los políticos no nos hablen de los costos de la urgente intervención quirúrgica que necesita el país y lo que ellos como políticos están dispuestos a pagar, no hay esperanza. Nuestra enfermedad no se corrige con un poco de suerte en los precios petroleros. No esperamos milagros ni creemos en hombres o partidos mesiánicos. Simple y llanamente debemos reconocer que, aunque sigamos disfrutando de cierta bonanza petrolera, estamos asistiendo al fin de una era que ha durado cincuenta años, la era de la Venezuela rentista. Ya para 1932 el país agrícola pobre, donde lo poco que había era producto del trabajo, había dado paso —como hecho dominante— al país dependiente de la renta petrolera. En las siguientes décadas vendrían las vacas gordas hasta implantar un talante en la economía, política y vida social del país que parece (aunque no lo es) más un modo de ser venezolano, que un modo de hacer, reflejo de unas circunstancias históricas cambiantes. Nuestra política, nuestra economía, nuestro sistema educativo, nuestra clase trabajadora y empresarial son rentistas. Y el país rentista (como hecho dominante y determinante) se acaba. El petróleo fácil, abundante y suficiente para mantenernos de rentas es cosa del pasado. Ahora hay que trabajar. En adelante el petróleo mismo hay que trabajarlo y es costoso. El país rentista y el país trabajador se contraponen. Estamos en el difícil momento de decirnos: crudamente unos a otros que se acabó la fácil herencia, que desde mañana sólo tendremos lo que seamos capaces de producir. Decirlo con hechos: Y empezar a aprender a ser políticos no rentistas, empresarios no rentistas, estado no rentista, hasta trabajadores no rentistas. Así es. Y esto supone una transformación fundamental, dolorosa, donde el costo y el sacrificio ocupan el primer lugar aunque se trate de un costo creador y liberador del país, que

así empezará a afirmarse en sus propias capacidades.

Necesitamos un acuerdo nacional sobre los costos que estamos dispuestos a pagar para dejar el modo de hacer las cosas como rentistas y basar el país en nuestra propia productividad económica y social.

Lo que está en juego ahora y sobre lo que hay que decidir antes de que la borrachera y la inconsciencia electoral se apodere del país es el modo de elevar drásticamente la productividad del Estado Venezolano (tanto de las empresas productoras de bienes como las que ofrecen servicios y la burocracia en general), la productividad del aparato productivo (valga la redundancia) acostumbrado a las mieles de la renta petrolera, y la productividad del sistema educativo, aparato de beneficio y fábrica de certificados para ocupar buenos puestos a la sombra de la bonanza petrolera. La deuda pública, los cortes de presupuesto, la insuficiencia del financiamiento educativo, el fin de los fáciles créditos financieros se resuelven haciendo rendir doble a cada bolívar: PRODUCTIVIDAD y renuncia a alegres e insólitos beneficios rentistas.

Productividad significa trabajo, austeridad, organización y disciplina.

**PRODUCTIVIDAD Y PARTICIPACION SON NUESTRAS PRIMERAS NECESIDADES.** Mientras renta y promesas son nuestras mayores calamidades. Ahí está la clave de la valfa de nuestros políticos renovados y de su campaña electoral.

Sin esto nadie cree posible un cambio significativo en la conducción del país. En los 25 años de democracia hemos probado de todo. Un gobierno de coalición de todas las "fuerzas democráticas" con el pacto de Punto Fijo. Dos gobiernos socialdemócratas presididos, uno por la moderada y bienintencionada personalidad de Leoni, dotado de relativamente modestos presupuestos y otro arrastrado por la exorbitada conducción de Carlos Andrés Pérez montado en la danza de los millones petroleros. Ya tampoco creemos —porque los hemos visto descabalgados de la prpoganda— ni en los "técnicos copeyanos" y su "cambio" del primer gobierno socialcristiano, ni en los amantes de los pobres del segundo, ni en la acción sorprendente de hombres mesiánicos. Más allá de las promesas, los políticos tienen que dejar de ser rentistas y aprender a conducir un país no rentista. Si esto no se da ya, nos espera un futuro desalentador. AD, COPEI y las izquierdas desde ahora nos deben hablar de costos y de los remedios drásticos para incrementar la productividad del Estado, del aparato productivo y del sistema educativo. Y eso es costoso, muy costoso. Aunque gratificante por creador de pueblo libre.

Si el gobierno actual quiere reparar sus múltiples errores y hacer un gran servicio al país, todavía tiene la oportunidad de dar un drástico cambio hacia la austeridad y acompañar las medidas de fondo con signos externos visibles y convincentes, ejemplares empezando con los carros, las escoltas, las recepciones, los viáticos, los viajes inútiles y costosos, las comitivas, las jubilaciones juveniles (antes de los cincuenta), los arreglos de los despachos, las avionetas, los encandilantes, innecesarios y subempleados aparatos costosos como computadoras... Y la corrupción.

El país está urgido de este lenguaje y de esta actuación y lo desea. Tienen la palabra los políticos.

El trabajo es, como queda dicho, una obligación, es decir, un deber del hombre y esto en el múltiples sentido de esta palabra. El hombre debe trabajar, bien sea por el hecho de que el Creador lo ha ordenado, bien sea por el hecho de su propia humanidad, cuyo mantenimiento y desarrollo exigen el trabajo. El hombre debe trabajar por respeto al prójimo, especialmente por respeto a la propia familia; pero también a la sociedad a la que pertenece, a la nación de la que es hijo o hija, a la entera familia humana de la que es miembro, ya que es heredero del trabajo de generaciones y al mismo tiempo coartífice del futuro de aquellos que vendrán después de él con el sucederse de la historia. Todo esto constituye la obligación moral del trabajo, entendido en su más amplia acepción.

(Juan Pablo II, El trabajo humano, No. 16)